

El oro y plata labrada se redujo á moneda; y en el trance de más peligro, cuando más apretaba desde Arévalo el rey de Portugal, no desmintió el alcaide su lealtad acostumbrada. No es mucho que á su vez la reina dejando otros cuidados acudiese en agosto de 1476 en auxilio de su servidor, sitiado con la infanta Isabel en la torre del homenaje por Alfonso Maldonado y otros descontentos que por sorpresa se habían apoderado del alcázar y del padre de la Bobadilla. Con su prudencia logró que el mismo inquieto vulgo se hiciese ejecutor de sus mandatos, y fugados los insurrectos y corregidas las faltas de algunos subalternos que dieron quizá margen al alboroto, quedó Cabrera reintegrado en sus funciones. Tal vez la excesiva gratitud de los reyes contribuyó á hacerle en Segovia impopular, pues la merced que en 1480 le concedieron de mil doscientos vasallos sustraídos á la jurisdicción de la ciudad dió lugar á generales lutos y á manifestaciones las más imponentes que haya hecho jamás una república por la pérdida de sus libertades (1).

(1) Curiosos son los documentos que sobre ello vimos en el archivo municipal, empezando por un pregón hecho por la ciudad en 23 de junio para que «el día de san Juan nadie se divierta, ni mude ropa, ni vista gala, ni barra calle, ni ponga lámparas ni colgaduras.» El domingo 25 junio se hizo pública reclamación y protesta á Dios y á los reyes, que empieza así: «Cuando los reyes e señores naturales toman á alguno lo suyo sin justicia con daño de la corona real, mayormente atraídos á lo facer con importunidades que les son fechas, el mejor remedio que 'l agraviado tiene, despues de la reclamacion, contradicion e suplicacion, es quejarse á Dios e al mundo primeramente del agravio que recibe, e protestar de buscar e procurar lo mas ayua que puidiere todos los remedios que fallar podria para defension de lo tomado e de su derecho.» Y concluye de este modo: «E por mayor muestra e señal e memoria de nuestra queixa e agravio e protestacion que publicamente fazemos, nos cobrimos de luto e otro sí cobrimos el pendon de la dicha cibdad, e quebramos esta tinaja e facemos esta humada.» Y así quebrando vasijas y quemando haces de paja, se repitió dicho pregón y ceremonia en los tres sitios más públicos, á saber en la plaza principal en las gradas hechas á par del álamo, en la puerta de San Martín por la parte de afuera, y en las gradas del cementerio á Santa Olalla en el arrabal. Asistían según el acta muchas gentes de todas clases, caballeros, escuderos, omes buenos, ciudadanos del común, judíos, mozos de la ciudad y sus arrabales: Colmenares dice que abofeteaban á los niños para que conservasen la memoria de esta reclamación. Contestaron los reyes en 29 de junio desde Toledo donde tenían cortes, recordando los grandes y señalados servicios de Cabrera y su mujer, vindicándose de haber saltado al juramento por ser la merced otorgada deliberadamente y *tuta conscientia* de acuerdo con

No sabemos si quedó disgustada la real pareja de ese humor indócil de los segovianos: de sus posteriores visitas hay pocos recuerdos y estos nada alegres, en 1494 por la aguda enfermedad que asaltó á Fernando obligándole á ordenar en 10 de julio su testamento, en 1503 por la penosa convalecencia de Isabel, atenta más que á sus males á la naciente locura de su desgraciada hija, á quien tan dichosa al lado de su marido había festejado la ciudad en abril del año precedente. Las tapicerías, joyas y vestiduras guardadas en el alcázar fueron el postrer legado de la gran reina á su consorte, así para *aver mas continúa memoria del singular amor que siempre le tuvo*, como para *mas santa e justamente vivir con el recuerdo de la muerte*; mas el primer verano de su viudez que allí pasó el rey en 1505, hubo de emplearlo en cuidados y cautelas y hasta en proyectos de segundas nupcias para ganar aliados contra la enemistad de su yerno el archiduque que amenazaba llegar á rompimiento. Con la venida de éste á España cayeron en desgracia los antiguos servidores; y el primero fué Andrés de Cabrera marqués de Moya y conde de Chinchón, á quien en agosto de 1506 vino á despojar de la alcaidía, no obstante de alegar la perpetuidad del cargo, un enviado de don Juan Manuel favorito del nuevo monarca con algunas compañías de alemanes. Desistió el de puesto de la preparada resistencia, y salió; pero con la muerte de Felipe I, volvió á la ciudad en noviembre inmediato, y aposentándose en su casa junto á la puerta de San Juan y apoderado de esta y de la de Santiago, empezó con sus parciales á combatir el alcázar ocupado por sus enemigos. Los Contreras, Cáceres, Hozes, Ríos y la mayor parte de los regidores estaban

los procuradores de ciudades y villas, y manifestando que dichos vasallos no fueron sino empeñados á Cabrera ínterin se le concedían otras mercedes prometidas y que procurarían tornarlos á la ciudad. Exhortanles á cesar en sus alteraciones y á conformarse con lo mandado, «porque de lo contrario, dicen, nos avremos grand enojo, e sí estad ciertos que si despues de sabida esta nuestra voluntad algunos otros movimientos ó alteraciones sobre ello fazedes, que por vuestras personas e bienes nos lo pagaredes.» Sin embargo en su testamento mandó la católica reina restituir á la ciudad los pueblos y vasallos de que se trata.

por Cabrera; contra él los Peraltas, Arias, Heredias, Lamas, Mesas y Barros: la ciudad entera tomaba parte en esta sangrienta lucha, autorizada por la neutralidad del gobierno supremo, y atizada por los refuerzos que á los contendientes enviaban desde fuera los grandes de ambos partidos. Cada mansión era una fortaleza, cada calle un campo de batalla: ardió en 24 de febrero de 1507 la iglesia de San Román defendida con solos catorce hombres por el licenciado Peralta contra el hijo del marqués que le hizo curar con esmero en su propia casa (1): el alcázar, rodeado de minas abiertas en la peña viva por largo trecho, y reducido de cuarenta á veinticinco el número de sus defensores que se replegaron en la torre del homenaje, capituló por fin en 15 de mayo y fué devuelto al anciano é ilustre alcaide, quien hizo solemnemente proclamar á la reina doña Juana como treinta y tres años antes había hecho con la madre.

Cuánto él entonces sitiándolo, se distinguieron sus hijos defendiéndolo en 1520 contra el furor de los comuneros, al cual abandonó el conde de Chinchón sus casas y sus estados antes que consentir en acaudillarlos como pedían. Mientras andaba por fuera solicitando del consejo del reino socorros y refuerzos para los cercados del alcázar, lo sostenía con firme tesón su hermano Diego de Cabrera, rechazando á las huestes populares que con más tenacidad que fortuna, ya por bloqueo ya por asalto, se empeñaban en rendir las insuperables almenas; lo único que lograron fué reducir á escombros la antigua catedral inmediata (2). Seis meses duró el sitio, y no se levantó sino con la derrota de Villalar y con la venida de los gobernadores del reino, que hospedados en la fortaleza trajeron á la ciudad en vez de rigurosos castigos un perdón general. La buena armonía entre una y otra no volvió más á turbarse.

Transferido á particulares, no sabemos si por donación ó

(1) Véase atrás la nota 2.ª de la pág. 537.

(2) En el siguiente capítulo hablaremos del alzamiento de la comunidad en Segovia, causa última y decisiva de la traslación de la catedral.

venta, el palacio de Enrique IV, el alcázar fué reintegrado en su destino de mansión real, interrumpiendo á menudo con brillantes recibimientos su lúgubre soledad de cárcel política. Por primera vez albergó á Carlos I á fin de agosto de 1525, festejado dignamente por los segovianos; en 1532 reunió en su seno las cortes de Castilla presididas en ausencia del emperador por el cardenal Tavera arzobispo de Toledo. Arrostró firme en 25 de agosto de 1543 la horrible tempestad que amenazaba hundirlo como en los días del rey *sabio*, y al amanecer vió á sus piés convertido el río en ancho lago y revueltos en sus turbias aguas cadáveres y escombros de fábricas y molinos (1). Visitólo de príncipe Felipe II en 23 de junio de 1548 con sus hermanas María y Juana, y luégo de rey en 26 de setiembre de 1562 con la reina Isabel y el príncipe don Carlos buscando solar para el grandioso monasterio que proyectaba; y á no ser por la proximidad del Parral, habríalo levantado en la llanura de San Cristóbal distante media legua al oriente. Sus veraniegas cacerías en el bosque de Valsaín, donde se fabricó una real casa con jardines, le traían con frecuencia á Segovia; y desde su retiro en 1566 cogió el hilo de la vasta conjuración flamenca, que empezando por la prisión de Montigny en el alcázar y por su romancesca tentativa de evasión que le costó la vida, vino á acabar dos años después con el arresto y muerte del príncipe heredero (2).

Con recuerdo más grato quiso honrar aquel monumento el

(1) Perecieron en la avenida ocho ó diez personas, y hundiéronse dos puentes, seis batanes, once molinos y más de cuarenta casas, cuyo daño se estimó en quinientos mil ducados.

(2) Preso en la corte Montigny, hermano del conde de Horn, á pesar de enviado por la infanta gobernadora de Flandes con las demandas de los descontentos, y traído de Valsaín á Segovia, diéronle serenata unos flamencos en traje de peregrinos cuyos instrumentos contenían limas y escalas de seda; y confirmado el intento de la fuga por un billete metido en un panecillo, fué ahorcado sobre la puerta del alcázar su despensero Pedro de Medina, azotado el panadero, y él llevado á Simancas donde se le dió garrote y á su secretario Antonio Vandomes en Medina del Campo. Probablemente se relaciona este hecho con los tratos secretos de que resultó después la prisión del príncipe don Carlos.

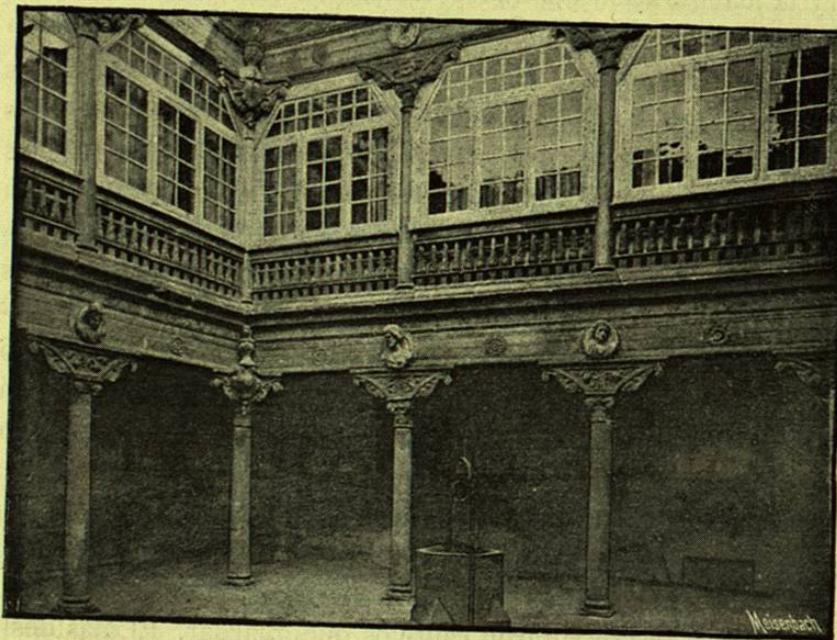
severo monarca escogiéndolo por teatro de su cuarto enlace con Ana de Austria en 12 de noviembre de 1570. Las rústicas ofrendas de la víspera en la aldea de Valverde, la vistosa muestra de los ciudadanos que distribuidos por clases y gremios en escuadras de peones y jinetes con sus banderas y con ricas y uniformes galas salieron á recibir á su reina, los arcos de triunfo sembrados de estatuas y emblemas por bajo de los cuales desfiló la comitiva al extremo del Mercado, en la plaza de San Francisco, en la Mayor y á la entrada de la Canongía, prepararon las deslumbrantes escenas que por seis días y seis noches presenció el alcázar en salvas, iluminaciones, cohetes, mascaradas y juegos de cañas por fuera, por dentro en magníficas funciones y saraos. Desembarazado de las parásitas ruinas de la vieja catedral, campeaba por primera vez vistosamente en abierta esplanada. Amenazaban hundimiento algunas de sus partes, las habitaciones de mediodía, los corredores del patio y varios chapiteles, y desde 1554 se ocupaba en repararlas el arquitecto Gaspar de Vega (1). Entonces sin duda fué cuando empezó á sufrir el gallardo castillo una transformación desapiadada para amoldar en lo posible al tipo de Herrera sus antiguas formas, cerrándose ajimeces, abriéndose balcones, desapareciendo cornisas y matacanes á fin de ajustar los empizarrados techos, y coronándose (lo cual fué todavía la más aceptable mudanza) con agudos conos de pizarra sus cubos y torreones. Volvió Felipe II con sus hijos y su hermana y suegra la emperatriz María á 14 de octubre de 1587 (2), para dar nuevo impulso á las obras que encargó á Francisco de Mora; y por trazas del predilecto discípulo de Herrera, consultadas acaso con su maestro, se hicieron y se acabaron en 1598 las dos galerías del patio y la escalera

(1) Acredítanlo los documentos publicados por Ceán Bermúdez, el último de los cuales llega al año 1573.

(2) En esta permanencia de seis días, en que dijo iría el domingo á oír misa en la catedral, habiendo enviado el cabildo á pedirle la hora, fué cuando contestó el gran rey con aquella admirable pregunta, prueba de mesura y de religiosa disciplina: «¿No tenéis campanas?»

principal. Renovóse también el dorado de los techos, y completáronse los bultos de los reyes con los de Isabel y Fernando, de la reina Juana y de los antiguos condes Raimundo de Borgoña y Enrique de Lorena, encomendándose en 1595 al cronista Garibay los letreros de aquella larga genealogía de soberanos (1).

SEGOVIA



PATIO DE LA CASA DEL MARQUÉS DEL ARCO

Felipe III no fué el que menos frecuentó la morada de sus abuelos. Paró en ella pocas horas al mes de ser rey, guardando riguroso luto, en 29 de octubre de 1598; volvió en 6 de junio de 1600 con su joven esposa Margarita para consolar á la ciu-

(1) La curiosa relación de Garibay que cita Ceán Bermúdez, manifiesta el minucioso cuidado de Felipe II en revisar dichos letreros, que eran entre todos cincuenta y seis: pintólos Hernando de Ávila y por muerte de éste los continuaron Baltasar Ordóñez y Juan Lagarto.

dad recién azotada por cruda peste, cuyo abatimiento nada se mostró en las brillantes fiestas de su solemne entrada; vinieron otra vez de paso en 25 de octubre de 1603, y permanecieron en 1609 durante los meses de julio y agosto, á fin de preparar allí con más secreto la más grave y trascendental medida de su reinado, la expulsión de los moriscos; atrajéronle ya viudo las admirables funciones con que fué celebrada en setiembre de 1613 la inauguración del nuevo templo de la Fuencisla; y por último de 2 á 6 de diciembre de 1615 gozó de los pomposos obsequios tributados á su nuera Isabel de Borbón desposada con su primogénito, y de la cabalgata geográfica y astronómica en que las principales naciones, los puntos cardinales y las cuatro partes del mundo, los cuatro elementos, los siete planetas y los doce signos del zodíaco les rindieron homenaje.

Desde entonces cesa casi de repente de hospedar reyes el alcázar. Felipe IV y Carlos II, encerrados en la corte del Buen Retiro y en los sitios reales, divirtiéndose el uno y languideciendo el otro, apenas dejaron allí memoria de su reinado, á no ser del último una inscripción que dicen se hallaba en la sala superior de la torre del homenaje. Reducido á arsenal de guerra y á prisión de estado, no tardó bajo el primer concepto en verse desmantelado de su artillería, conservando solamente el depósito de viejas armaduras é inútiles pertrechos; pero bajo el segundo rara vez le faltaron cautivos que guardar. El más desgraciado fué el marqués de Ayamonte don Francisco de Guzmán y Zúñiga, que acusado de cómplice en la conjuración del duque de Medina Sidonia á favor del alzamiento de Portugal, habitó aquel encierro desde 28 de marzo de 1645 hasta 10 de diciembre de 1648, en que salió de él para la cárcel pública dentro de la cual le aguardaba la cuchilla del verdugo (1). Du-

(1) De los últimos momentos del marqués de Ayamonte escribió el célebre Colmenares en sus postreros años un interesantísimo relato, no conocido según parece, hasta que se publicó en el tomo XIX del *Memorial histórico*, VII de la correspondencia de varios jesuitas sobre los sucesos de la monarquía de 1634 á 1648.

rante la guerra de Sucesión, recobrada por Felipe V la fortaleza que el último alcaide príncipe de Albano, descendiente por hembra del leal Cabrera, había entregado en 1706 al partido austriaco (1), custodió presos al duque de Medinaceli y á otros adictos al archiduque; y más tarde de 1726 á 1728 contó entre los detenidos al aventurero holandés barón de Riperdá, que perdida la gracia del rey de quien había llegado á ser ministro, empleó la misma destreza en ganar la de una mujer con cuyo auxilio se descolgó por una ventana (2). Pensó al fin Carlos III en 1764 dar al alcázar un destino más honroso y placentero instalando en él el colegio de artillería que con breves interrupciones ha permanecido allí casi un siglo; pero este objeto, que aparte de las sensibles modificaciones que exigía en el monumento, parecía deber asegurar su conservación, es el que ha anticipado cabalmente su ruina.

Aciago 6 de marzo de 1862, en que eclipsando con densa humareda la luz del mediodía y ondulando al viento cual bandera de exterminio, aparecieron por cima de los techos las siniestras llamas, lanzadas desde el ángulo occidental sobre el resto del edificio por ráfagas impetuosas! Inútiles fueron los esfuerzos para cortarlas; toda la noche y el siguiente día ardieron, y sólo al tercero pudo contemplarse la extensión de sus estragos. Los muros exteriores quedaban de pié, las torres apenas habían perdido otra cosa que sus chapiteles; pero adentro todo era devastación, y los magníficos artesonados de las habitaciones regias yacían reducidos á un montón de cenizas. Levantó Segovia un

(1) Consta en el archivo la facultad concedida por Felipe V al ayuntamiento para tomar á censo treinta mil ducados con el objeto de satisfacer los gastos de la expugnación del alcázar, de la manutención de las veinte y una compañías de soldados formadas entre sus vecinos y del reparo de sus murallas, y el importe del donativo graciosamente hecho á S. M. en 1706 cuando vino á Segovia á recibir á la reina procedente de Burgos.

(2) Protestante, católico, protestante otra vez, mahometano, y haciendo al fin de todas las religiones una caprichosa mezcla, sin haberse podido fijar en ningún país de Europa ni en Marruecos donde gozó de gran privanza, murió pobre en Tetuán en 1737.

grito de dolor, que tuvo eco en toda España, más bien por su monumento querido (sea dicho en honor de la ciudad), que por el establecimiento que tanto provecho le reportaba; y estremióse de indignación sólo con la sospecha de que no hubiese nacido el incendio de casual desgracia sino de culpable ligereza ó de negro delito tal vez... Verdaderamente no eran traviesos muchachos, aun cuando sujetos á la más severa disciplina, los moradores que convenían á tal grandeza.

Aguardando una restauración que dudamos que llegue, por más que de pronto se anunciara, permanece la robusta mole del abandonado alcázar en rigurosa lucha con el tiempo, que promete ser larga todavía si no interviene en contra suya el hombre, sin haber hasta hoy perdido nada de sus imponentes formas y de sus esbeltos perfiles. Aún cierra la herbosa plaza la verja colocada en 1817, y hace sombra la alameda, y subsiste á la izquierda la construcción destinada á gabinete de ciencias y pabellón de oficiales, y campea en el fondo constituyendo fachada la gran torre de Juan II, parte principal del edificio, aunque si algo habían de devorar las llamas, poco se perdiera en que hubiesen desaparecido por completo la moderna galería de cristales arrimada al pié de aquella y el almohadillado portal, que salvado el profundísimo foso por un puente levadizo, introduce al recinto interior. Obras son éstas de Francisco de Mora lo mismo que el cuadrilongo patio, rodeado de arcos en el primer cuerpo y de pilares con arquivado corrido en el segundo, cuya clásica rigidez parece desnuda y mezquina, enclavada en la poética creación de la Edad media. Pero mejor lo hizo el fuego sacando con sus estragos á luz vestigios ocultados por indiscretas renovaciones y descubriendo datos para conocer algo de la traza primitiva, tales como las ventanas bizantinas tapiadas en la sala de *la galera* (1). ¡Ah! si hubiera respetado las incomparables techumbres, chispeantes de oro, matizadas de azul y púr-

(1) Véase atrás, página 550.

pura, en que apuraron su primor en el siglo xv los más excelentes maestros de alfargía, le perdonaríamos de buena gana sus devastaciones restantes aunque sensibles y costosas.

Habíalas admirado á sus veinte y dos años el que esto escribe, en la edad en que todavía no se da el alma razonada cuenta de las impresiones del arte, y con todo le habían ya dejado un recuerdo ideal de mágico esplendor. La de la primera estancia presentaba la forma de un casco de galera mirado por dentro, que comunicaba á la pieza su nombre; y desde allí entrando á la derecha en el pequeño salón del trono, sorprendía la preciosa cúpula artesonada que le servía de dosel ó de *pabellón* haciéndole dar este título, y que se demuestra en lo exterior cubierta de cónico chapitel. Á la izquierda de la sala de *la galera* caía la de *las piñas*, llamada así por las que colgaban de los ricos casetones de su techo; seguía la de *los reyes*, ocupada últimamente por la biblioteca del colegio y convertidas tiempo hace sus bellas ventanas en dos balcones, pero interesante hasta lo sumo en su parte superior por la serie completa de reales figuras, la más antigua de España indudablemente; y por último en aquella galería, que si bien reformada con arcos escarzos de ladrillo, conserva los calados de su gótica barandilla, lucía suntuoso techo circuido de un *cordón*, en el cual se pretendía ver la confesión humilde del rey sabio (1), tomando á veces aquel nombre y á veces el de *tocador de la reina*. De los artesonados de estas cinco salas, que forman el lienzo septentrional enfilando unas con otras, con las más amenas vistas imaginables sobre el valle y arrabal del Eresma, nada queda sino las inscripciones por fortuna, y algunos frisos de arabescos (2).

(1) Nos referimos á lo escrito en las páginas 554 y 555.

(2) Las copiamos tales como las sacó á principios de este siglo el coronel don Joaquín de Góngora, ya que su acreditada pericia y exactitud nos ahorran este trabajo, que no lo es poco deslindar los góticos caracteres de los adornos con que están entrelazados. Seguiremos en su inserción el orden cronológico.

En la sala de *la galera*, á lo largo de la cornisa superior, la oración latina que empieza: *Adoramus te, Domine J. C. et benedicimus tibi*, etc., y más abajo en otra

Aunque poco notable, subsiste en el patio del reloj la capilla con sus tres bóvedas de crucería. Una espaciosa escalera que Llaguno tilda de penosa, construída por dicho Mora, conduce á las habitaciones altas de la torre del homenaje, que es grandiosa y lo pareciera más si en anchura y elevación no la superase al extremo opuesto la de Juan II. Situada, sin embargo, en la mayor estrechura que forma hacia oeste el peñón en la confluencia de los dos valles, flanqueada por cuatro cubos angulares y por otro que resalta en semicírculo de su lienzo occidental, dominada por un torreón que se levanta del medio y por otro aún más alto que á su espalda sobresale, ofrece un grupo de siete torres, al cual imprimían antes del incendio no sé qué

cornisa: «Esta obra mandó faser la muy esclarecida sennora reyna donna Catalina, tutora rregidora madre del muy alto e muy noble esclarecido sennor rrey don Juhan que Dios mantenga e dexe vevir e rreynar por muchos tiempos e buenos, amen. E fí solo faser por mandado de la dicha sennora reyna Diego Fernandez vecero de Arévalo vasallo de dicho sennor rrey. Acabóse esta dicha obra en el anno del nacimiento de nuestro sennor Jhu. Xpo. de mil quatrocientos e doce annos. En el nombre del Padre e del Fillio e del Espiritu Santo, amen: lo protesto delante de la vuestra santísima magestad, que en este dia e por siempre jamás yo quiero vevir e morir en la vuestra santa fé católica, amen.—Reparólo el rrey don Phelepe II ann. de 1502.»

En la sala de las *piñas*: «Esta cámara mandó faser el muy alto e muy poderoso illustre sennor el príncipe don Enrique fillio primogénito heredero del muy alto e muy poderoso esclarecido príncipe rey e sennor el rrey don Juhan de Castilla e de Leon el segundo. La qual se acabó de obrar en el mes de noviembre del anno de nuestro Sennor Jhu. Xpo. de mill e cccc e l e II annos.»

En la sala del *pabellón*: «Esta quadra mandó faser el muy alto e muy poderoso illustre sennor el rrey don Enrique el quarto. La qual se acabó de obrar en el anno del nacimiento de nuestro Sennor Jhu. Xpo. de mill e quatrocientos e cinquenta e seis annos, estando el sennor rrey en la guerra de los moros quando ganó á Ximena; la qual obra fizo por su mandado Francisco de Ávila mayordomo de la obra, seyendo alcaide Pedro de Muncharas criado del rey, la qual obra ordenó e obró maestro Xadel Alcalde.» En la copia que de estas inscripciones trae Ceán Bermúdez, sacada con menos esmero, en vez de *Xadel Alcalde* se lee *Cristóbal del Alcalde*, tomando la *X* y *a* primeras por abreviatura de Cristóbal, lo que no aceptamos por faltarle la *l* que en este caso no se omitía.

En la sala del *Cordón*: «Esta obra mandó faser el muy alto e muy poderoso esclarecido sennor rrey don Enrique quarto al qual Dios todopoderoso dexe vevir e rreynar por muchos tiempos e buenos. La qual se acabó de obrar en el anno del nacimiento de nuestro Señor Jhu. Xpo. de mil e quatrocientos e cinquenta e ocho annos, la qual fiso por su mandado Francisco Arias rregidor de Segovia su mayordomo de las dichas obras, e seyendo su alcaide en los alcázares Pero Rruiz de Muncharas camarero de su sennoría.»

En la de *los reyes* desaparecieron con las efigies los letreros de Garibay.

orientalismo las agujas de pizarra. Lástima que en vez de los tapiados ajimeces, que á los lados del cubo central todavía se denotan, taladren sus venerables muros balcones correspondientes á su renovado interior. Aún es más deplorable por el costado de mediodía, que reedificó Gaspar de Vega, la invasión del balconaje moderno; pero las cortadas peñas y la sombría garganta, en cuyo fondo muje el Clamores, le prestan por aquel punto un pintoresco realce.

Únese el alcázar por un angosto istmo con la ciudad, enlazado con el recinto de sus murallas. Mucho se ha disputado sobre si eran estas anteriores ó posteriores á aquel, y á cualquier hipótesis se presta verdaderamente la heterogeneidad de su construcción. De épocas muy precedentes á la restauración definitiva de Segovia presentan hartas señales, sobre todo en su parte inferior en que se mezclan y confunden las obras con la peña natural; de tiempos más recientes se advierten asimismo en ellas no leves reparos y hasta lienzos y torres completas: pero su fábrica general puede atribuirse de acuerdo con las indicaciones de la historia á los repobladores primeros, de fines del siglo XI á principios del XII, aprovechándose los restos dejados en pie por las últimas invasiones, y recogiendo á granel para resguardo de la nueva colonia piedras dispersas, ya otra vez acaso derribadas, lápidas sepulcrales, sillares desprendidos del acueducto. Otro tanto se haría entonces con el alcázar, pero reedificado más tarde desde los cimientos en el siglo XIII, en el XV y en el XVI, rejuveneció de vigor y de semblante.

Nada de menos fuerte descubre á la vista sin embargo el ala de muro que de él se desprende bajando en dirección á noroeste, coronado de almenas y reforzado de imponentes torres, aunque tan estrecho que un hombre apenas puede andar. La primera puerta con que tropieza es la de Santiago, cuyo arco de herradura no está libre de la recomposición que almohadilló el arco de dentro, encima del cual permanece una antigua efigie de Nuestra Señora. Sigue el muro por el norte, encaramado so-